

EL CABALLERO INTEMPORAL

Manuel Alvar

ABSTRACT

The author evokes the unique personality of Ventura Doreste through the memories of their long and profound friendship.

Ventura Doreste era mi amigo. Difícil decir desde cuándo, pero sí hasta dónde. Dejemos el recuerdo neblinoso del pasado y esperemos las paredes blancas y los cipreses enhiestos. Y es que Ventura no vivía en el tiempo. Ahora lo veo —tan perfil dibujado— en mis primeros viajes a Las Palmas, compañero de mil pequeñas emociones —los hijos, los libros, las esperanzas—. Y Ventura me esperaba entre su quehacer gustoso o caminaba lentamente a mi lado. En la ciudad que nos la iban convirtiendo en un hacinamiento de desangelados edificios, que nos la herían con el estridor de chirridos y golpes, que nos la marchitaban con tanto hedor desamorado. Ventura había conseguido vivir en un cielo limpio donde los caminos se transitaban muellemente y el reposo tenía la fruición de las disertaciones áticas. Ventura era también una isla. Había que ir a él para abandonar el bajel entre los placeres de la orilla y remansarse —luego— en el oro de los arenales. No olvidemos cuánto debe nuestra cultura a esas islas que sobrenadan el azul de las aguas y purifican el aire con la sequedad de la sal. Así algunos hombres que abandonan la corte para ser vigías de anchos horizontes. Porque un día el caballero sin tiempo recuerda el desengaño de Montaigne y se encastilla en su voluntaria soledad. Desde su retiro, Ventura oteaba todos los panoramas y sabía de todos los pasos por-

qué tenía su isla para contemplar y él mismo era la isla, donde regalaba sosiego.

Vivimos tiempos de confusión. Las doctrinas apenas si llegan al apollo y las palabras no dicen casi nunca lo que sus sonidos enuncian. Desde su apartamento, Ventura sabía que tras todo ello no había sino falta de responsabilidad y vivir sin arraigo. Por eso ancló en sus islas: volcanes apoyados en el hondón del océano, inamovibles en su firmeza y voz acompasada en el remormor de las olas. El tiempo no contaba para aquel hombre, sino que lo configuraba con ahíncos de plenitud. Nunca temía la fugacidad de las horas, porque estaba fuera del tiempo. Yo lo escuchaba y su voz era una cadencia suave y reposada: hablaba con lentitud, no dejadez, sino construcción meditada. Le hubiera horrorizado la frase truncada o la idea insegura. Hablaba con voces que venían de la lejanía de sus islas para serenarse en los jables de la orilla o saltar en mil rayos iridiscentes, si el veril obstruía su paso. Jamás discutía. Nunca una palabra soez, ni un relato escabroso, ni la muletilla imprecisa. Ventura tenía una fuerte estructura lógica en su pensamiento y las palabras estaban a su servicio; por eso acudían puntuales y precisas. No necesitaba ganar tiempo al pensamiento, ni rellenar los vacíos, porque nunca los tenía. Gustaba de Alfonso Reyes y de Jorge Luis Borges. Pudieran ser sus maestros de helenismo y de precisión. Así era respetuoso con la inteligencia ajena: la aceptaba en su mismo nivel y la convertía en receptor de su discurso; como no agobiaba ni se imponía, la conversación de Ventura manaba lenta y acariciadora, después se hacía aguda o irónica, pero nunca hiriente o desdeñosa. De sus maestros de América había aprendido el valor de las interrogaciones, la más hermosa manera de respetar al prójimo; tras su pregunta quedaba ese airón inacabado de la duda. Porque él no creía en verdades absolutas en el modesto reino de los hombres y dejaba a los demás que construyeran su propia verdad. Su discurrir era socrático y hacía que el interlocutor se convirtiera en partera de sus propios hijos. No necesitaba el engreimiento, que es fruto de los vanidosos; ni el desdén, que florece entre quienes no tienen dignidad. Era la certeza de su arraigo y la pulcritud del decoro. Una tarde hablábamos. Cambiábamos nuestros sentires, que no tenían por qué ser coincidentes, y le recordé un rondel del Carlos de Orléans:

Le temps a laissé son manteau
De vent, de froidure et de pluie,
Et s'est vêtu de broderie
De soleil luisant, clair et beau.

Ventura gustó del gran *rhétoriqueur* y copió mis palabras. Le volvían a la serenidad y a las precisiones. Que sólo en los cielos limpios y en las

aguas tranquilas cabe el entendimiento y la posibilidad de respetarse. Porque Ventura estaba fuera de todas las contingencias con las que tenía que vivir o convivir, pero él se encariñaba con su soledad, siempre que algún amigo disertado viniera a enriquecerla. ¡Cuántas horas hemos pasado entre sus libros y con sus pequeños cachivaches! Acaso también entonces se encerraba en su propia concha para escuchar la voz que le brotaba desde dentro. Después seguíamos por la vieja ciudad, amortecida en los atardeceres, y llegábamos a su casa: olor a heremoteca y colores bucólicos. Me sentaba frente a un cuadro de Manolo Millares y le decía: Ventura, ¿para qué quieres el campo? Ahí está un curso de palabras y cosas. Y sonreía cuando afloraba la pedantería del oficio: podría ser un *plotelum*, y la horca avienta gualva o tamo y la mujer ahecha con el purgadero y el hombre balea con el escopallo. Surgían entremezcladas las palabras del dialectólogo, desde el Pirineo hasta sus Islas, y el caballero sin tiempo ahora salía de los marcos geográficos y enunciaba ponderaciones sobre las gentes de Aragón o de Castilla o de Andalucía y comparaba palabras y acentos; Ventura Doreste sentía la unción del verbo.

Gustaba de la Vegueta, porque la Vegueta no tiene tiempo. En las callejas oscuras o en las plazas recoletas se escuchaba la música interior de la ciudad y se oía el propio corazón. Cada atardecer —camino de casa— iba cortando rosas invisibles para colocarlas en el búcaro que les inventaba para su duración; soñaba el hombre criaturas delicadas, y en ellas iba viviendo su propia evasión. Palabras musitadas y pensamientos recoletos. Tan lejos de aquella ciudad ruidosa que dejaba atrás y por la que no sentía ninguna piedad. Era un caballero fuera del tiempo, asido a esa delicadísima defensa que es la palabra creada en cualquier acto de habla si es consciente y no mostrenco. Ventura Doreste enraizado en viejos saberes formalizados con términos que parecían recién creados por él y que nos ofrecía a sus amigos como aquellas flores que cultivaba en los jardines interiores.

Pero no evoco la voz, recuerdo al hombre. Esa criatura delicada que —tan pocas veces— vence su propia contingencia. Y Ventura Doreste está a mi lado. Tan en la realidad de su tiempo porque supo buscar la lejanía que le permitiera ver y observar, no sólo mirar. Entonces el museo en que platicábamos no era el invento irreal ni, tampoco, los matacanes de refuerzo. Era, simplemente, el refugio para pensar fuera del día, marcado fatalmente con unas cifras —negras o rojas— en la hoja del almanaque. Ventura se transformaba. ¿Era su cabello cuidado sin afectación o la barba, siempre bien rasurada, pero con unas patillas acrónicas? Lo veo caminar. Viste un traje azul marino, la americana es cruzada y la camisa —blanquísima— da vida al cuello y a los puños. Sin embargo, esta imagen real, tan cierta, tan clara en mi recuerdo, no es una imagen real. Se me es-

capa hacia el pasado —con su voz, con su pensamiento— y lo que yo veo es otro caballero fuera del tiempo. Como si Antonio van Dyck, atrevidamente, pusiera blonda en el atuendo de hoy, o como si Josué Reynolds le hubiera prestado el talante inglés de sus caballeros, o como si Tomás Gainsborough reviviera en el *Blue Boy*, con ojos de mirada profunda y con preocupación por cuanto le rodea. Es posible que a Ventura le agradara la comparación, porque —sin dudar mucho— me diría, sí, el XVIII inglés. Y ensartaría la palabra con el pensamiento: literatura de ensayos en las plumas de Charles Lamb cuando escribía los *Essays of Elia* y la lengua enriquecida no por grandilocuencias o solemnidades, sino por recato e intimidad. Un mundo en el que mi amigo vivía —¿sin saberlo?— porque también él mantenía la pureza de nuestra lengua, quería que la gente tuviera el gusto por la lectura de temas rigurosos y no gustaba perder el tiempo en escribir pesados mamotretos, sino en intentos cortos y rápidos, como es también la levedad de la vida. He hablado de pintores ingleses, pero Addison, Steele, Goldsmith estaban bien cerca del espíritu de Ventura Doreste (o Montaigne en su lejanía). En definitiva, orden. Buscando la iconografía del amigo o intentando aflorar su etopeya, todas mis dudas han ido a dar en esta palabra que acabo de escribir: esta evocación podría titularse Ventura Doreste o el orden. No buscaba, sino que sugería; no definía, sino que acercaba. Sin embargo tengo la palabra clave que me hubiera evitado escribir estas cuartillas, pero, sin ellas, jamás la hubiera encontrado. Y se me hace evidencia. Cuentan los historiadores del arte que Gainsborough y Reynolds estaban apartados; Gainsborough estaba moribundo y llamó a Reynolds: el abrazo hizo olvidar las enemistades. Es una manera civilizada del respeto. La misma que tenía Ventura, incluso cuando pensaba en esas gentes a las que amó. Estaba enfermo, y lo sabía. Conservaba su dignidad y su decoro. Lo fue a visitar un amigo y le dijo —voz susurrada, labios con ironía—: “Lo malo no es morir; lo malo es que algún erudito escriba mi necrología”.